

LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA EN EL NIVEL SUPERIOR

Dr. Rubén Vasconi

Les agradezco muchísimo que me hayan invitado a participar de estas jornadas sobre la enseñanza de la filosofía. Ante todo, porque me permite reencontrar muchos rostros que hacía tiempo que no veía.

En segundo lugar, porque siempre me interesó este tema de la enseñanza de la filosofía. Muchas veces me he preguntado qué me gustaba más, si la filosofía o la enseñanza de la filosofía y cada vez estoy más convencido de que era la enseñanza de la filosofía. Por eso nunca quise participar de la carrera de investigador porque pensé que me apartaba de mi vocación de maestrato. Igualmente, nunca he escrito una sola línea que no haya sido dirigida a mis alumnos.

Pero, tal vez, al invitarme no haya sido por ninguno de esos motivos sino porque pensaban que soy viejo. Les aclaro que no comparto esa idea. Estoy convencido de que Sartre tiene razón: lindo, feo, joven, viejo, constituyen dimensiones del ser para otro, lo que piensan de mí los que me ven. Pero a diferencia de esta perspectiva de alienación y exterioridad, el para sí, (la subjetividad), no tiene edad. Lo único que se experimenta con los años son ciertas modificaciones del mundo. Las escaleras, por ejemplo, son ahora más empinadas, pero esto es culpa de los arquitectos que hacen mal su trabajo. O las valijas son cada vez más pesadas y esto se debe a que mi señora se vuelve cada vez más coqueta y cuando salimos de vacaciones quiere llevar el placard entero. Pero yo no he cambiado, el que se va transformando es el mundo.

De todas maneras, como Uds. creen que soy viejo, no voy a defraudarlos y voy a hablar como si fuese viejo. Eso me autorizará a una exposición desordenada, mezcla de reflexiones, recuerdos y desvaríos. En lo que diga tal vez Uds. puedan encontrar alguna cosa que les sea útil para sus prácticas docentes. Lo demás lo mandarán a la papelera con la categoría de chifladuras de viejo chocho y reblandecido.

Terminado el prólogo, vamos al trabajo.

Ante todo se trata de acotar el tema a tratar.

1.- No voy a hablar de lo que se enseña en la Licenciatura o el Profesorado de Filosofía cuando se desarrollan los cursos de Metafísica, Gnoseología, Ética o Historia de la Filosofía. Estos serían temas a tratar por los especialistas de las diferentes áreas.

El problema que ahora me interesa es el del ingreso a la filosofía, cuando desarrollamos esos cursos que se llaman “Introducción a la Filosofía”, “Problemática Filosófica” o de otros modos, destinados a quienes no tienen formación filosófica previa, ya sea porque llegan de la enseñanza media o de alguna carrera que no incluía filosofía, como cuando dictamos alguna temática filosófica en algún posgrado de carreras científicas.

Vamos a acotar un poco más la cuestión y sólo hablaremos de las dificultades en la enseñanza de Introducción a la Filosofía que encontramos con estudiantes que llegan de la enseñanza media.

El orden de las cuestiones será el siguiente:

a) Dificultades nacidas de la formación que aportan los ingresantes a la enseñanza superior.

b) Posibles soluciones para el problema:

b,1- Contando con la estructura actual del sistema educativo

b,2- Sugerencias para introducir algunos cambios en esta estructura.

. (Aclaremos que dificultades semejantes se viven en el ingreso a otras carreras de nivel terciario)

c) Dificultades específicas que surgen de la naturaleza extraña de ese pensar al que llamamos filosofía-

d) Y, por último: si pudiésemos vencer todas estas dificultades, ¿Qué beneficio aportaría a nuestros alumnos el haberse familiarizado con el modo de pensar al que llamamos filosofía?

2.- Dificultades nacidas de la formación que aportan nuestros ingresantes a la enseñanza superior.

Este es un tema reiterado hasta el cansancio entre los docentes de los cursos básicos de nivel superior.

Los egresados de la enseñanza obligatoria, en un alto porcentaje, no son capaces de leer con soltura y comprender un texto de mediana dificultad, Tienen problemas en la redacción (la ortografía me parece que ha mejorado

pero no la sintaxis) y no pueden desarrollar oralmente un discurso argumentativo de cierta extensión. En muchos casos, hasta les cuesta armar una frase completa para responder una pregunta. Carecen de un panorama de la cultura universal y de los conceptos básicos de la visión científica del mundo.

Entre los colegas solemos coleccionar anécdotas sobre estas cuestiones. Un compañero descubrió un alumno precopernicano que pensaba, con plena convicción que el sol giraba alrededor de la tierra.

Este conjunto de carencias permite comprender por que sólo un 10 / 12% de los ingresantes a la universidad (desconozco si tenemos datos de los terciarios no universitarios) terminan con éxito sus carreras en el tiempo previsto. Abandonan o postergan indefinidamente su graduación.

Hace unos tres años, en la Universidad Tecnológica de Córdoba integré un jurado para evaluar una tesis para optar al título de Magister en Docencia Universitaria. La autora, una farmacéutica, estudió con extrema prolijidad los fracasos de los estudiantes de la carrera de Farmacia en la Universidad Católica de Córdoba, durante el examen de ingreso y los dos primeros años de estudio. Identificaba las competencias necesarias para cursar exitosamente la carrera. Entre estas incluía no sólo los saberes generales y específicos sino también destrezas técnicas y procedimentales, desarrollo de actitudes hacia valores e inclusive hábitos de convivencia. Estas competencias requeridas las extraía de los programas del curso de ingreso y de los dos primeros años de la carrera. La carencia de dichas competencias explica el fracaso de los estudiantes.

Pero lo más interesante estaba en otro lado. Cuando recorre los planes de estudios y la bibliografía utilizada en la enseñanza media encuentra que todas estas competencias están previstas como capacidades a adquirir durante este tramo de la educación. De aquí concluye lógicamente: “de ser efectivamente desarrollados los contenidos de la Enseñanza Media, los egresados deberían ingresar con éxito a la carrera de Farmacia (que es su tema) y cursar satisfactoriamente hasta tercer año”.

Sería muy interesante que trabajos de esta misma naturaleza, que puntualmente y en negro sobre blanco mostrarían la situación de nuestra educación, se realizasen tomando como ejemplo otras carreras ya sea del área

científica o de las ciencias sociales o humanidades. Pienso que las conclusiones serían muy semejantes.

Nosotros, en general, no tenemos exámenes de ingreso eliminatorios, de manera que esta tarea de selección queda a cargo de los profesores primer año después del cual sobreviven no más de un 30% de los ingresantes.

¿Qué solución podríamos proponer ante esta situación? Creo necesario un examen de ingreso que confirme que se poseen las competencias necesarias para cursar con éxito el nivel superior. Me parece que la razón profunda para resistir este examen de ingreso es que, con su resultado catastrófico e instantáneo haría demasiado evidente el estado de nuestra educación básica. El desgranamiento del primer año, como se va realizando de a poco, puede atribuirse a múltiples factores y pasa fácilmente desapercibido.

Con el examen de ingreso tal vez los padres se preguntasen para que sus hijos han permanecido durante 14 años en el sistema educativo básico (y a veces costando bastante dinero, si era educación privada) si después no pueden acceder a la educación superior. De todas maneras creo que esto no solucionaría nada. Terminaría, al estilo argentino, echando las culpas a los demás: los padres a las escuelas, las escuelas a las familias, los adultos a los adolescentes, todos juntos al gobierno y, al final, todo quedaría como estaba.

3.- Pero, tal vez, esto encubra un problema más profundo y que habría que pensar. Las instituciones educativas vigentes están planeadas para cierta duración de la vida, tal vez no más de 50 o 60 años.

Hacia los 18 años, terminaba la formación básica y se ingresaba en el mundo adulto del trabajo o de la educación superior. Se seguiría como adulto joven hasta los 30, de allí hasta los 50 era plenamente adulto y luego se convertía en un adulto mayor, en marcha hacia la ancianidad y a la espera de una jubilación que gozaría por muy pocos años por la cercanía de la muerte. Pero la vida, en general, se ha prolongado (tal vez, pronto, en los países y sectores sociales que cuentan con un buen nivel de ingresos, se vaya acercando a los 100 años) Esta extensión de la vida en general, se traslada a las etapas de la vida. Mujeres y hombres de más de 50 años, que se alimentan correctamente y concurren con regularidad al gimnasio, no son viejitas tejiendo en un rincón para los nietos ni adultos que caminan ayudándose con un bastón.

Son, más bien, jóvenes trotando alegremente los domingos por las calles recreativas.

Estos son hechos por todos conocidos. Mis abuelas fueron madres y capaces de manejar una familia a los 15 años. Hoy, cada vez más, las mujeres empiezan a pensar en tener descendencia después de los 30 o 35 años. Y de los problemas que el organismo pueda presentar se encargarán los desarrollos de la medicina reproductiva. El cuerpo humano no forma parte de la naturaleza. Es, en su mayor parte, un ente histórico cultural.

Se extienden la adolescencia, se extiende la juventud, se extiende la madurez y se van postergando cada vez más, la vejez y la muerte.

¿Qué significa esto para nuestro problema? Que excepto un pequeño grupo de madurez precoz (no creo que pase del 15%, todo esto tendría que ser rigurosamente estudiado), los demás son demasiado chicos para comprender (es decir, hacerse cargo, sentirlo) el conocimiento de nivel superior. Todavía viven muy cómodos en el tibio fondo de la caverna platónica.

No podemos criticarlos. Sienten que vivirán todavía 80 años más, que no hay ninguna razón para apurarse por crecer, volverse adulto, serio y responsable. Ya habrá tiempo para todo eso. Y estoy de acuerdo con ellos. Tienen razón: si a los 18 años fuesen adultos les esperaría una vida de terrible aburrimiento; 70 o 80 años de tediosa y monótona adultez.

¿Qué hacer entonces con ellos? Me parece que el único recurso sería insertar entre la educación general básica (primaria y secundaria) y la superior, un período de 3 o 4 años de un pre-superior al estilo del collage americano o algo parecido. Es esta etapa de maduración orientada, empezarían a experimentar una nueva relación con las instituciones educativas. En la escuela primaria fueron motivados y mimados, en la media, contenidos y ahora, comenzarían a ser evaluados, promovidos o eliminados. La educación se iría pareciendo a la vida real. Hacia los 24 años, en una nueva actitud, podrían ingresar en la educación superior.

4.- Detengámonos para una breve recapitulación.

Nos preguntábamos por las dificultades que presentaba para docentes y estudiantes el ingreso al estudio de la Filosofía en el nivel superior. Pero enseguida, este problema particular quedó integrado en una problemática de

carácter más general: las dificultades en el tránsito de la escuela media al tercer nivel de enseñanza.

La primera dificultad surgía de la escasa preparación que adquieren en la escuela media aunque todas las competencias que le permitirían ingresar y permanecer sin dificultades en la enseñanza superior están previstas en los programas y bibliografía de las materias respectivas. Ante esta dificultad, que trae como consecuencias un desgranamiento de un 75% de los ingresantes durante el primer año, nos parecía razonable implementar un examen de ingreso, centrado en las competencias previstas en los planes de estudio y que habilitaran para la permanencia en el tercer nivel de estudios.

Pero aquí encontrábamos un problema más profundo. La prolongación de la vida humana y de las etapas de la vida, ha producido un desfase respecto de las etapas del sistema educativo. Éste suponía que al terminar la educación general básica, 18 años, los egresados ya eran adultos jóvenes. Hoy observamos que todavía les faltan algunos años para alcanzar este nivel de madurez. Ante este hecho nuestra propuesta (nada novedosa) era intercalar un nivel intermedio de 3 o 4 años que operase como puente y proporcionase la formación suficiente para después instalarse en el nivel superior.

Pero, hasta aquí, como se verá, hemos hablado del tránsito de la enseñanza media a la superior en general y las dificultades enumeradas aparecerían, a su modo, en cualquier orientación (humanística, científica, social, etc.) Tenemos que acotar más estrechamente el tema y referirnos en particular a las dificultades que surgen al iniciar un curso de filosofía en el nivel superior.

5.- Para facilitar el desarrollo vamos a suponer que tenemos ante nosotros un grupo de estudiantes inteligentes, que han concurrido a colegios excelentes y han aprovechado al máximo la enseñanza recibida. Supuestas estas condiciones ideales (y que, felizmente, a veces son reales) ¿qué dificultades encontraríamos al tratar de iniciar a estos estudiantes en la filosofía?

Nuestros jóvenes alumnos han adquirido una idea de lo que es saber. Mediante el estudio uno adquiere un saber, este saber le proporciona la solución de algún problema y una vez que hemos aprendido la solución ya no

necesitamos seguir pensando en el asunto. Además, ahora que poseo el saber puedo aplicarlo a la solución de los problemas que me presenta la vida. Así, sabe el ingeniero qué dimensiones debe tener una viga para soportar determinado peso o sabe el médico qué debe recetar frente a una enfermedad.

Todo esto es bastante obvio. Yo me preguntaba, con gran preocupación, qué era el agua. Me inscribí en un curso de química donde me enseñaron que el agua era un compuesto de oxígeno e hidrógeno en cierta proporción. ¿Lo entendió? Me preguntó el profesor. Si, contesté. Bien, ya lo sabe, no piense más en el asunto.

La ciencia, en general, aporta un gran beneficio: nos dispensa de tener que seguir pensando, algo deja de ser un problema, tenemos la solución. Habíamos dicho antes: me preocupaba saber que era el agua, me dirigí a la química, ahora lo sé. No pienso más, estoy tranquilo.

Pero después empezó a preocuparme otra cuestión: ahora quería saber si Dios existe. Lleno de esperanza me dirigí a la filosofía y ¿con qué me encontré?

Seguramente que si, me dijo Sto. Tomás e inmediatamente desarrolló, para que estuviera seguro, sus cinco vías. Queriendo profundizar la cuestión seguí un poco más. Lo encontré a Marx, pero me dijo otra cosa. “La religión es el opio del pueblo”, un invento de la clase dominante para mantener más fácilmente sujetos a los oprimidos. Entonces apareció Kant: como el tema de Dios es una cuestión de carácter metafísico, concierne a un ente que está más allá del mundo de la experiencia, único al que nuestro conocimiento puede alcanzar, no podemos afirmar fundadamente nada ni respecto de su existencia ni de su inexistencia.

Nietzsche me dejó perplejo: “Dios ha muerto”. Es decir, que había existido, si no, no podría haber muerto, pero ahora no existía más. Todavía más confundido quedé con un existencialista cristiano como Gabriel Marcel. Como cada vez que hablamos, me dijo, nos referimos a algún objeto y Dios no es ningún objeto, cada vez que hablamos de Dios no es de Dios de quien hablamos. De manera que ni siquiera podríamos formular la pregunta que me inquietaba.

La ciencia muestra, en general, consenso y unidad. Podríamos preguntar: según la medicina, ¿hace bien o hace mal fumar? Y, seguramente,

la medicina nos daría una respuesta, un saber, que nos serviría para orientarnos acerca de una relación saludable con el tabaco. La filosofía, en cambio, presenta siempre dispersión y multiplicidad.

Primera consecuencia que inquieta a nuestros ingresantes: la filosofía no es un saber en el sentido en que venimos usando la palabra.

Esto se debe, tal vez, a que la filosofía –como actividad intelectual- se encuentra en el entrecruzamiento de la ciencia, la religión y el arte.

A veces se aproxima a la ciencia en tanto el filósofo como el hombre de ciencia enuncia proposiciones y procura fundarlas argumentativamente. Se asemeja también a la religión ya que se ocupa de temas tales como Dios, el alma, o el sentido último del mundo y de la vida humana. Pero, además, la actividad filosófica es siempre creación y como en el arte, en ella sólo tiene valor lo diferente (Si yo hoy pintase tan bien como pero igual que Rafael o Leonardo, sería un artesano habilidoso o un buen copista, podría trabajar como restaurador en algún museo, pero no sería un artista) Por eso, sólo es filosofía lo que es genial.

Esto nos permite comprender por que, mientras de la Facultad de Medicina egresan médicos y de la de Ingeniería, ingenieros, de la de Filosofía no egresan filósofos. (Tampoco cursando la carrera de Literatura nos recibiríamos de poetas) Ninguno de estos tipos humanos se puede producir mediante un plan de estudios determinado.

Quienes estudiamos filosofía nos recibimos de Profesores de Filosofía, es decir, personas que conocemos una tradición de pensamiento, un área de la cultura y a la que, a través de nuestras clases, procuramos mantener viva. Esta tradición a veces y de manera totalmente imprevista, es asumida por un individuo especial, la convierte en material de su pensamiento, elabora algo original y, si tiene suerte y es aceptado, se convierte en un filósofo. Si no tiene suerte, será un chiflado.

Puede haber científicos mediocres (no tomo la palabra en un sentido despectivo. Me refiero a hombres de ciencia formados seriamente, que no son genios que pasarán a la historia como Galileo o Newton, pero realizan una tarea útil como profesionales responsables o como miembros de un equipo de investigación). Pero no hay filósofos mediocres. O son geniales o no son filósofos. Por eso son muy pocos.

Vayamos resumiendo porque esta charla se está haciendo un poco larga.

Estábamos hablando de las dificultades que un buen estudiante, con los hábitos adquiridos en la escuela media, encuentra al ingresar en la filosofía.

Espera encontrar un saber, algo que se puede aprender, una respuesta a ciertos problemas y que, además, le permitiesen orientarse en la vida. Pero, en cambio, encuentra una anárquica multiplicidad de opiniones dispersas que más que orientar desorientan y confunden.

Además, este pensar de la filosofía es un pensar extraño y que nos desconcierta. Zenón de Elea, el que decía que el veloz Aquiles no podría ganarle una carrera a una tortuga, viajó –supongamos que no hizo caminando– desde Elea, al sur de Italia, hasta Atenas. Allí se dedicó a demostrar que el movimiento era imposible. Cuando convenció a un número suficientemente grande de oyentes, hizo sus valijas y partió de regreso a Elea. Zenón, que pensaba que el movimiento era imposible, ¿creía que era imposible moverse? Es algo raro.

Los filósofos no creen lo que piensan. Descartes y muchos otros han pensado que el mundo era meramente ilusorio, no algo real. Pero mientras pensaban esto, nunca los atropelló un carro por cruzar la calle sin mirar.

Si Sartre pensaba seriamente que la vida humana es absurda y sin sentido, que el hombre es una pasión inútil, me han dicho a veces los alumnos, ¿por qué no se suicidó? Cuando un hombre común piensa que no tiene sentido vivir, toma un revolver y lo dirige a su sien derecha. Cuando un filósofo piensa lo mismo, escribe un libro y a veces gana mucho dinero con los derechos de autor.

Pero, si no creen lo que piensan, ¿son mentirosos? Esto es un poquito más complicado. Consigue distanciar su pensamiento de la vida y gracias a este distanciamiento, pueden pensar. El filósofo, en principio vive como todo el mundo pero hace de su vida y de las certezas que sostienen esta vida un objeto de reflexión. Este desdoblamiento genera cierta sospecha por parte de los demás.

Decía Merleau Ponty: aunque el filósofo no haya traicionado a nadie no ofrece confianza, su adhesión a lo que dice es demasiado poco carnal, nunca

está del todo comprometido. Se supone que en cualquier momento podría traicionar.

La reflexión filosófica se distancia de la vida y por eso suele tomar un aspecto lúdico. Este aspecto marcaba Montaigne cuando decía: “Es un error presentar las verdades de la filosofía considerándolas con tiesura y ceño terrible. Nada hay, por el contrario, más alegre, divertido y jovial y estoy por decir, hasta jugueteón. No pregonan la filosofía sino fiesta y tiempo apacible. Una faz triste y transida proclama que de ella la filosofía está ausente”.

Y, contemporáneamente, Richard Rorty, al proponernos su ideal humano que sería formado por la práctica de la filosofía, lo llama el “ironista liberal”. ¿Qué es un ironista? Lo digo en mis palabras: aquél que cuando habla se nota que no cree lo que dice. O también: que nunca se toma demasiado en serio a sí mismo. Sin dudas es un hombre con el que sería muy fácil conversar y sobre todo disentir.

La ciencia es seria; el ingeniero piensa y cree que una viga de tales dimensiones podrá sostener el peso del techo. El médico piensa y cree que el medicamento que me receta me curará. Por eso la ciencia es un saber: se puede enseñar, se puede aprender y se puede aplicar. Nada de eso se puede hacer con la filosofía-

Pero podemos familiarizar a nuestros alumnos con la filosofía. Ahora bien: esta familiaridad, ¿qué beneficio les aportaría?

Desarrollando cursos de filosofía he visto, algunas veces, que espíritus orientados de cierta manera han experimentado algo así como un despertar, un ensanchamiento del mundo, un campo abierto a su libertad. Todo se podía ver de otro modo, mi ser y mi mundo podían ser comprendidos desde múltiples perspectivas, la experiencia de la vida cotidiana, cristalizada por la rutina, de pronto se ablandaba, revivía, adquiría nuevos sentidos. Y yo, que antes tenía nada más que dos ojos, ahora tenía mil ojos para ver.

Si tuviésemos éxito y lográsemos familiarizar a nuestros alumnos con la filosofía tal vez pudiésemos contribuir a generar un nuevo tipo humano que, habiendo descubierto, como el venerable Sócrates, que no sabía nada, estaría poseído por ese insaciable apetito de una sabiduría que consistiría en estar siempre abierto a la infinita riqueza del pensamiento y de lo real.

La ciencia nos dispensa de pensar. La filosofía nos fuerza a pensar.